



TÍTERES DE CACHIPORRA



Una tradición irreplicable

Sobre el escenario de nuestro teatro ambulante se representan:

- Las aventuras de Pelegrín* de Ignacio Juárez
- La olla del Diablo* de Ignacio Juárez
- Robaculeros* de Ignacio Juárez
- La calle de los fantasmas* de Javier Villafañe
- El Sereno y el Diablo* de Quique Sánchez Vera
- La casa Embrujada* de Otto Freitas
- El paseo de Pelegrín* de Ignacio Juárez
- Chimpete Champata* de Javier Villafañe
- El ladrón de sandías* de Pablo Girón
- *Pelegrín marinero* de Roberto Espina

La filosofía de la propuesta parte de la recuperación del **teatro de títeres de cachiporra**, tarea en la que esta empeñado el Teatro Arbolé. La utilización del títere de guante para acercar al público un género en desuso que gozo del fervor popular en los primeros años del siglo XX.



Los Títeres de cachiporra

A través de Federico García Lorca ha llegado hasta nosotros la vieja tradición del teatro de Cachiporra. Don Cristóbal en España, Puch de Inglaterra, Guiñol de Francia, Don Roberto en Portugal, Polichinela en Italia, no son sino distintas caras de un mismo personaje, que en cada lugar ha tomado las peculiaridades locales, pero con un innegable tronco común.

Lamentablemente en nuestro país se perdió esa tradición entre el olvido de los duros años de posguerra y la utilización maniquea e interesada de la cachiporra. El género se fue degradado hasta su práctica desaparición. Recientemente distintos titiriteros están rescatando este clásico teatro de participación de su injusto olvido, tratando de devolverle su verdadero sentido y su justa dimensión.

Son varias las claves del género: la participación y el diálogo con los espectadores, el ritmo trepidante a veces frenético de los muñecos, el efecto catártico de la cachiporra y un contenido netamente subversivo de la realidad y la cotidianidad.

La cachiporra vuelve a ser un elemento del juego, una manera de entrar en un juego escénico, que nada tiene que ver, ni con un sentido justiciero, ni con un ánimo moralista, ni con una apología de la solución de los problemas con la violencia; sino con una recreación tan grotesca y distorsionada que es imposible extrapolarla a la realidad, y que por un momento nos libera de ella.



PELEGRIN Y LOS TITERES DE CACHIPORRA



Pelegrín en Suiza

Desde que en 1983, Pelegrín irrumpiera en la vida de los niños en aquel teatro del Parque Primo de Rivera que construyeron para él, hasta hoy, ha protagonizado más de veinte espectáculos de la compañía.

Pelegrín ha sido caballero andante, astronauta, cocinero, marinero, pirata... y en cada obra se ha adaptado incondicionalmente a la técnica que mejor le iba al espectáculo. Ha sido títere de guante, de varilla, marioneta de mesa, de hilo y hasta de dedo. Sin rechistar se ha vestido siempre con el traje que su titiritero le ha dado, y de todas las pruebas ha salido airoso y triunfante.

Es indiscutible que donde Pelegrín ha alcanzado su mayor gloria ha sido en los títeres de cachiporra. Y si Teatro Arbolé pudo investigar y llegar a las más grandes cotas con este género, ha sido porque contaba con un personaje tremendamente popular y querido a pesar de sus veinticinco años de nueva vida.

Con el Teatro Ambulante de Arbolé, Pelegrín ha llegado a todos los lugares por inaccesibles que fueran. Y se ha codeado, sin complejos, con el Don Cristóbal de Lorca, con Guiñol, Polichinela... porque todos estos títeres no son sino las distintas caras de un mismo personaje, que en cada lugar ha tomado las peculiaridades locales, pero con un innegable tronco común.

A través de Federico García Lorca llegó hasta Arbolé la vieja tradición del teatro de cachiporra en España. El gran poeta y dramaturgo era un enamorado de estos títeres con los que había convivido en su infancia, y por ello puso toda su creatividad y genialidad al servicio de ellos en un puñado de pequeñas obras que trascendieron desde lo más popular a lo más culto y elevado. Porque Lorca sabía que el guiñol era la expresión de la fantasía del pueblo. El delicioso y duro lenguaje de los muñecos, con expresiones y vocablos que nacen de la tierra, también servía para hacer volar la imaginación, para entrar en el reino de la fantasía, para crear y para hacer arte.

Lamentablemente, en España esa tradición permaneció en el olvido durante más de cincuenta años. Porque el títere es satírico, ridiculiza a los personajes y tipos. Y por ello a veces fue perseguido. Las marionetas cuestionan la realidad, se preguntan por el sentido de la vida y nos muestran sin tapujos la condición humana. Los títeres, con su carácter grotesco y bufonesco se podían tomar la vida a risa, criticar a la sociedad y comentar los acontecimientos. Presentan una parodia grotesca y diminuta de la vida, que no era bien vista en los años del franquismo.

Y así la cachiporra de Arbolé junto a Pelegrín, como elemento de catarsis, recoge la tradición de lo más popular y resurge con vigor a la llamada del artista pendenciero, pero también del artista implicado en la aventura del saber y de la creación.

Lola Lara escribía en *El País*, en diciembre de 1995: *“El trabajo de Teatro Arbolé Títeres de cachiporra, buscando a Guiñol es un modelo fiel de lo que había sido ese teatro que el grupo zaragozano se empeña, con gran acierto, en recuperar. El público, niños y adultos, ríe con franqueza y unánimemente las bromas de Pelegrín, entra con facilidad en el juego y libera la carcajada con la intervención de la cachiporra, instrumento catártico, al entender de los componentes de Arbolé”*.



Algunas Imágenes en distintos ámbitos de representación

LOS TÍTERES DE CACHIPORRA DE ARBOLÉ HAN VIAJADO POR TODA ESPAÑA, CUBA, MÉXICO, ECUADOR, CHILE, COLOMBIA, ARGENTINA, PUERTO RICO, BRASIL, VENEZUELA, COREADEL SUR, ITALIA, PORTUGAL, FRANCIA, SUIZA, PERU, BOLIVIA y ARGELIA.



Títeres de Cachiporra

Necesidades Técnicas

- Espacio escénico de: 5 m. ancho x 4 m. fondo
- Acceso del vehículo para carga y descarga hasta el lugar de la actuación.
- Zona de aparcamiento para camioneta WV Combi
- Toma de corriente, cercana al lugar de actuación